

de aquella audiencia, hecha por la embajada y cuyos términos yo no conocia.

—Usted es español, dijo al fin el papa en castellano, no sin grande sorpresa mia. Yo quiero mucho á los españoles, y todavía recuerdo, como usted ve, aquella hermosa lengua que aprendí hace tantos años. Yo he estado en España.

S. S. hablaba el castellano con una correccion admirable, sin acento alguno extranjero; pronunciaba las *eses* como los valencianos, y su voz era dulce, reposada y sonora.

Yo sentia renacer mi tranquilidad.

—¿De qué parte de España es usted? me preguntó en seguida.

Y cuando le hube contestado:

—¡Granada! repitió el Pontífice. Hoy hace años que entraron en ella los Reyes Católicos. ¡Guadix! catedral insigne... Silla de San Torcuato. Yo amo mucho al obispo de Guadix. Cuando vaya usted á verlo, déle muchas expresiones mias.

Este lenguaje, sencillo y cariñoso, me animó de tal manera, que ya no podia darme cuenta de la emocion con que habia llegado hasta allí. Me parecia que toda mi vida habia estado oyendo al papa. Asi es que me permiti mirarlo y estudiar su fisonomia con una atencion que no podia pasar por irrespetuosa; puesto que mis palabras demostraban claramente veneracion, afecto y gratitud.

Pio IX tiene sesenta y nueve años: es alto y fuerte: su apostura revela á un tiempo cierta marcial franqueza y una infinita humildad apostólica. En su semblante, verdaderamente hermoso, resplandecen la serenidad y la alegría. A la viveza de sus ojos se contraponen la pacífica bondad de su boca, que no deja de sonreír. A pesar de su avanzada edad, brilla en su frente un destello de juventud, y segun pude ver mas adelante, este venerable anciano, de quien se ha dicho tantas veces que está vecino al sepulcro, conserva la agilidad y el fuego de sus mejores años.

Media hora duró la audiencia. Acaso podria referirte palabra por palabra todas las que me dirigió S. S.; pero no debo correr el riesgo de poner en sus labios alguna que no pronunciara.

Te daré, si, cumplida cuenta del giro de la conversacion,

Preguntóme el santo padre si habia pasado por la *Alta Italia* para venir á Roma.

Esta pregunta me turbó un poco: en la *Alta Italia* está comprendido el *Piamonte*, el reino de su enemigo, el territorio excomulgado.

Contesté que sí; y S. S., comprendiendo mi turbacion, atenuó el interés del asunto, tratando de deducir de mi respuesta todo mi itinerario desde que salí de España.

Con este motivo, se enteró del estado de los ferro-carriles españoles, confundiendo á veces la posicion respectiva de algunas de nuestras ciudades, á lo que yo rectificaba con la mayor franqueza y gran contentamiento suyo, haciéndole sonreír con sin igual dulzura.

Esta *falibilidad* del sumo pontífice tenia para mí un indecible encanto, y aumentaba la tierna confianza de una entrevista que yo me habia imaginado tan solemne y ceremoniosa.

De la cuestion de caminos de hierro pasó S. S. muy naturalmente al estado político de España, y manifestó su regocijo por la paz que reina en *aquel amado suelo* despues de tantas discordias.—Fueron sus palabras.

Una vez en este terreno, se lamentó de que la situacion de la Italia no sea la misma, y elevando el tono de la conversacion, pero siempre con angelical blandura, me dijo... lo que yo habia leído ya en muchas Encíclicas recientes: que S. S. no ha perdido ni un solo momento el valor y la esperanza: que cree seguro el triunfo de la Iglesia: que dá gracias á Dios por haber elegido su pontificado para tan dura prueba: que su alegría aumenta á proporcion de las tribulaciones, y que puesto que yo, como escritor, dirijo mi voz al público (esto de *escritor* lo habia dicho la embajada de España al pedir mi audiencia), que no deje de participar á mis compatriotas la gratitud de la Santa Sede por la fidelidad de España y por los auxilios y pruebas de amor que recibe continuamente de ella, asegurándoles que nada hay que temer por la navicilla de San Pedro, pues saldrá triunfadora de la presente borrasca como ha salido de tantas otras.

Confieso que oí esta exhortacion con miedo y remordimiento. Pareciame que S. S. se dirigia á mí, á mi conciencia, á mi corazon, no tan confiado como el de S. S.—Aquellas palabras, estereotipadas en sus labios y en todos sus escritos, me parecian una reprension imaginada ex-profeso para perseguir y disipar en el fondo de mi alma las últimas tinieblas, allí escondidas, ó para castigar la hipocresia de una duda vergonzante. Si no hubiera temido fatigar su atencion, habriale dado cuenta de mis íntimos sentimientos, rogándole que los contrastase con los que acababa de espresar, hasta hacerme patente la flaqueza menguada de los míos.

¡Oh! nadie ama su dolor. Yo hubiera querido, tal vez yo he debido procurar salir de aquella estancia poseido del júbilo y el reposo que animaban al padre comun de los fieles. Pero, aunque hijo suyo, no me he atrevido á revelarles mis penas é inquietudes ni á pedirle un remedio para ellas. ¡Son tantos los enfermos de tristeza que visitan al santo padre! ¡Y lo que tantos no le piden, habia de pedírselo yo, pobre de mí! De manera alguna. Su tiempo no bastaria para todos, y yo no debia desear una escepcion en mi favor.—Llevaré mi cruz hasta lo alto del Calvario, medité con amarga resignacion. Tal vez allí algun dolor supremo abrirá mi alma á la alegría.

Seria casualidad; pero en aquel momento parecióme intuicion milagrosa del santo padre esta pregunta con que terminó su peroracion é interrumpió mis pensamientos:

—¿A qué ha venido usted á Roma? ¿Por devocion?

Creí que me preguntaba el primer pecado; que la confesion principiaba: no debia mentir: hubiera sido un sacrilegio.

—Por devoción cristiana, santísimo padre, contesté sin vacilar; y por devoción artística. El arte es la mitad de mi existencia.

El italiano agradeció aquí lo que pudo disgustar al pontífice, y cambiando de conversación, habló con entusiasmo de los tesoros artísticos que encierra la ciudad eterna,—concluyendo con estas frases:

—El Vaticano, la residencia de los papas, es el primer museo del mundo, sobre todo en obras maestras de la gentilidad. Todo lo que es hermoso, es bueno, puesto que revela la grandeza de la creación de Dios. Por eso hemos reunido en nuestro palacio las maravillas de arte de Egipto, Grecia y Roma pagana, al lado de las pinturas de Rafael y de Miguel Ángel.

Al llegar á este punto presenté el rosario á S. S., quien lo bendijo, indicándome que le aplicaba la Indulgencia plenaria para mi madre, con tal que lo estrechase contrita entre sus manos á la hora de la muerte.—¡Don precioso! Era como darme las llaves del cielo para el ser que mas amo en este mundo.

Luego me preguntó S. S. si yo era casado, y—¿querrás creerlo?—por la primera vez de mi vida me ha parecido que hago mal en ser soltero, y hasta me ha costado cierto rubor el declararlo.—¿Qué sería esto? No sé.

A la verdad, el matrimonio es un Sacramento... pero no obligatorio... ¿Quién sabe!—En situaciones tan extremas como la en que yo me hallaba, se discurre con extraordinaria lucidez, con portentosa profundidad. Tal vez se me reveló en aquel instante todo el egoísmo del célibe, que retarda el nacimiento de sus hijos; que rehuye los mas graves y nobles cuidados de la existencia humana; que no fortifica los lazos de la sociedad con el nudo de una nueva familia; que no vincula el amor en una sola mujer, segun quiere el cristianismo.—¿Quién sabe? vuelvo á decir.

Por este camino, la conversación (que yo cuidaba de no alargar; pues traíame inquieto el temor de abusar de la bondad infinita de Pio IX) se prolongó algunos minutos en el tono paternal que le imprimió S. S. al principio, y tuve que enumerarle mi familia y darle nimios pormenores de ella, sorprendiéndome cada vez más el interés (no atención, no indiferente cortesía) con que escuchaba mis palabras. Parecía imposible que, en medio de tantos cuidados y tareas como le cercan, el santo padre redujese así su espíritu y lo fijase tan completamente en la mayor ó menor felicidad y en la manera de ser y de estar constituida una familia cristiana cualquiera de las miles de miles que componen su imperio espiritual.

A tal punto llegó aquella situación rarísima, (que yo no acierto á explicarme sino como resultado de que S. S. se encontraba cuando yo entré en su despacho en uno de esos momentos de absoluta calma de la imaginación en que nos solaza y recrea el tamo que bulle en un rayo de sol ó el afanoso trabajo de una hormiga;) á tal punto, digo, llegó aquella singularísima escena, que, sin reparo alguno me atreví á pedirle á S. S. que me diese algún recuerdo material de aquella audiencia; lo que menos le importase, lo que de nada le sirviese; un pliego de papel, una pluma...

—Algo mejor que eso voy á regalarle á usted, me dijo sonriéndose y levantándose.

Aquí perdí todo mi valor, y hasta me horroricé de lo que habia dicho, de lo que habia hecho. ¡Molestar al papa! ¡Dar lugar á que dejase su sillón! ¡Obligarle á andar algunos pasos!...

Muchas veces le pedí perdón de mi audacia y le supliqué que no se incomodase... Pero S. S. se reía, y marchaba por la estancia, diciéndome afablemente:

—Estoy bueno; ahora estoy muy bueno: dígaselo usted á su familia y á sus amigos que bien me quieren.

Y con paso firme, salió del despacho, penetrando en la otra habitación en que daba el sol y de que ya te he hablado, cuya puerta estaba abierta de par en par.

Por aquella puerta seguía yo viendo á Pio IX, que abría una papelera y me hablaba al mismo tiempo, al través de una distancia de veinte pasos.

—Voy á darle á usted (decía, interrumpiéndose á cada palabra, mientras buscaba lo que quiera que fuese en un cajón de la papelera); voy á darle á usted una medalla de las que acabo de hacer acuñar para los que han defendido en *Castelfidardo* la bandera de la Iglesia; pues aunque usted no ha estado en *Castelfidardo*, estuvo en Africa, segun dice la solicitud de audiencia, y es lo mismo; porque al cabo todo cede en honra y gloria de nuestra santa religión.

Yo escuchaba estas palabras y veía trabajar á S. S., medio orgulloso y medio arrepentido de lo que sucedía por mi culpa. Al fin volvió Pio IX al despacho; dióme una medallita en que se veía la efigie de la Purísima Concepción y el busto del santo padre; y poniéndome dulcemente la mano sobre un hombro, me dijo:

—Con que vaya usted con Dios: sea usted muy bueno, y dé usted memorias mías á sus padres y hermanos con mi bendición apostólica. Buen viaje; y mi bendición á todas horas y en todas partes: sea usted muy feliz, como yo se lo pido á Dios. Adios, hijo mío.

Me arrodillé una, dos y tercera vez, retirándome de espaldas, como está prescrito por la etiqueta del Vaticano, y á cada genuflexión, S. S. sonreía cariñosamente, bendiciéndome con la diestra, y repitiendo el mas español de nuestros saludos:

—Vaya usted con Dios.

Sali de la estancia; crucé vacilante y desvanecido por enmedio de la corte pontificia; recobré mi sombrero, mi abrigo y mis guantes, y bajé dos á dos las escaleras del Vaticano.

Creo que huía del aparato real del palacio; de la pompa temporal que hace temible á aquel humilde y bondadoso sacerdote, cuyas palabras de amor resonaban en lo íntimo de mi pecho... ¿Qué se yo?

También podía ser la turbación consiguiente á mi inesperada ventura, ó el miedo á que se me distrajera del éxtasis en que me hallaba, lo que me hacia

correr de aquel modo, y apartar la vista de cuanto no fuese el Santo Padre... de cuanto no fuese Pio IX...

No sé: lo que puedo decirte es que no he parado hasta llegar á mi casa, y que cuando me he visto en ella, todo lo que acabo de referirte me ha parecido un sueño, una ilusion de la voluntad, la deseada imágen que persigue la esperanza.

IX.

El Vaticano.—Maravillas de arte de la antigüedad y del Renacimiento.

Roma 5 de enero.

Una hora despues me hallaba de vuelta en el Vaticano.

Iba á ver el palacio con ojos de artista; á recorrer el Museo y la Biblioteca; á visitar el *Juicio final* de Miguel Angel; á admirar la *Transfiguracion* de Rafael; á contemplar el grupo de *Laocoonte* y el *Apolo de Belvedere*, dos de las obras capitales de la antigüedad.

Aquella visita debía constituir mi última grande impresion en Roma; pero visita ha sido que ha durado cuatro días; pues desde aquella mañana hasta hoy, puedo decir que no he hecho otra cosa que recorrer el Vaticano.

«El Vaticano,—dice un viajero,—capitolio de la Roma moderna, no es tanto un palacio como una reunion de palacios irregulares, en que trabajaron los mas célebres arquitectos, Bramante, Rafael, Pirro Ligorio, Domenico Fontana, Carlos Maderne y Bernin. Tiene tres pisos, y encierra una infinidad de salas, galerías, capillas y corredores; una biblioteca, un museo inmenso y un jardin. Cuenta 20 patios, 8 grandes escaleras y 200 escaleras de servicio. Bonanni pretende que el Vaticano consta de 15,000 habitaciones, comprendidos los subterráneos. Pero á este vasto conjunto de edificios le falta una fachada exterior. Por el lado de su entrada, lo oculta y desfigura la columnata de la Plaza de San Pedro.

»En las obras de Aulo Gelio se halla una etimología singular de la palabra *Vaticano*, que hace provenir de los oráculos (*Vaticinia*) que, ya en su tiempo, (dos siglos antes de Jesucristo) se pronunciaban en aquel lugar.—Ignórase la época de su fundacion; sabiéndose solamente que lo habitó Carlo-Magno. En el siglo XII los papas vivian todavía en Letran, no habiéndose trasladado al Vaticano hasta que volvieron de Avignon. Juan XXIII puso en comunicacion el palacio con el castillo por medio de una galería cubierta. Nicolás V lo rodeó de murallas. En el siglo XIV, Sisto IV hizo la biblioteca y la capilla Sixtina. Alejandro VI mandó construir el departamento que lleva el nombre de Borgia.»

Inocencio VIII, Julio II, Leon X, Pablo III, Sisto V, Clemente XIV, Pio VI, Pio VII y Gregorio XVI han añadido el resto.

No te describiré ni aun te enumeraré las diversas habitaciones de aquel inmenso edificio. Busquemos las obras de arte mas notables que encierra, y para ello principiemos por cruzar la *Sala Regia*, cuyos frescos históricos son dignos de atencion, y penetremos en la célebre *Capilla Sixtina*.

En la *Capilla Sixtina*, donde se celebran, en presencia del santo padre, los oficios de Semana Santa, se halla el famosísimo *Juicio final* de Miguel Angel, inmensa pintura al fresco que cubre toda la pared del fondo.

Esta obra ha sido juzgada por todo el mundo como superior á la crítica. Yo no he sabido qué admirar más en ella: si la grandeza del dibujo, si la gigante osadía que revela la disposicion de cada figura, si la composicion de uno y otro episodio, si la terrible animacion del conjunto ó si la vehemencia de los afectos espesados en cada fisonomía. En cuanto á la invencion, sabido es—y Miguel Angel lo confesaba,—que no es sino una traduccion material de las grandiosas y tremendas imaginaciones de Dante, y en este punto, creo que tienen razon los que hallan mas idealismo, mas inspiracion mística, mas espíritu cristiano en el *Juicio Final* de Giotto que vimos en Padua y sobre todo en el de *Orcagna* que admiramos en Pisa. En cambio el de Miguel Angel impone y aterra por la representacion fisica de los dolores, por el vigor del estilo, por la pasmosa variedad de las mas atrevidas actitudes, por los maravillosos estudios anatómicos que revela y por la fuerza y la vida de la accion.

En el centro de la composicion se ve á Jesucristo; pero no ya al *Salvador*, al manso cordero, á la víctima resignada; sino al terrible Juez que habia de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. «Es el Jesús del *Dies iræ*» ha dicho no sé quién. A sus piés se halla la Virgen María, arrodillada, intercediendo por los pecadores. La escena tiene lugar entre el cielo y la tierra: la tierra se ve abajo, y de ella salen los muertos, sacados de su largo sueño por el son de las trompetas, tocadas con espantosa energía por un admirable grupo de ángeles. En lo alto se ven dos grandes masas de Elegidos que vuelan al cielo; los unos van abrazados á la columna de la Fé; los otros al árbol de la Cruz. Cerca de Cristo se hallan los Mártires, quienes le presentan los instrumentos de su martirio,—las aspas, la cruz, la rueda, la escalera, los martillos, la espada...—San Bartolomé, admirablemente pintado, lleva en la mano su propia piel, que conserva la forma humana, hasta la del rostro.—¡Es una cosa horrible!—A la izquierda luchan los condenados con los demonios, resistiéndose ferozmente á seguirlos al infierno.—Hay quien dice que esta es la parte mas perfecta de la obra.—Sobre todo, un condenado que reflexiona sobre su suerte, hace temblar al que lo mira: tal es su muda desesperacion. En la parte baja del fresco, se ve á Caron, el barquero mitológico, conduciendo los réprobos á las regiones infernales.—Es' contrasentido pagano se encuentra tambien en Dante.—A la derecha todo júbilo y amor, gloria ó esperanza. Allí están los justos, los elegidos que a